

LUISA.—No soy buena; no digas sandeces. Pues bien, á pesar de eso, he notado de algunos años acá, una particularidad que me incomoda mucho... ¡Oh, muchísimo! Y es ésta: á tí, bribonzuela, te quieren llevar constantemente á la vicaría, y yo no veo pasar un alma. Han pedido tu mano once veces en dos años y medio.

ANITA.—También pidieron la tuya: sé justa.

LUISA.—La mía una vez: fué el señor Chateaublanc, con sesenta años á cuestas... y cojeando.

ANITA.—Pero muy rico. Por lo menos era tan rico él solo como mis once sumados.

LUISA.—Cierto; algún lote había de sacar. De todos modos no puedo compararme contigo. Todos los jóvenes, todos los agradables, los que me hubiesen gustado, se dirigían á tí. Siempre Anita. Nunca ese espantajo de Luisa.

ANITA.—Me dás mucha pena.

LUISA.—Cállate, rica. Cada vez empezaba con papá y mamá la misma escena: —«Señora, caballero—decía el joven conmovido (ó la persona respetable enviada en su lugar),—tengo el honor de pedirles la mano de su hija.—¿De Luisa?—soltaba mamá que tiene tantísimas ganas de verme provista.—No, de Anita—(respondía el joven ama-

ble ó la persona conmovida).—Pues no pasemos adelante, caballero—declaraba papá.—No es usted el primero que pide la mano de Anita; pero hemos tomado la decisión irrevocable de no casar á nuestra hija menor antes que á la primogénita. Cuando Luisa esté colocada, veremos. Hasta entonces, tendremos el pesar...»—Y el joven conmovido (ó la persona respetable), partía consternado. Al principio, no me fijaba en eso demasadamente. Me decía:—Fué casualidad. Luego me tocará el turno. Cualquiera día empezará mi série.—Y ¡quí! ¡ni por asomo! pasaban los meses, y mi série no daba señales de vida. La tuya, en cambio, aumentaba... ¡Anita... Anita!... Querían todos á Anita. Y ya comprenderás que á menos de taparme los oídos, ¡córcholis! debía acabar por advertirlo... y por comprender.

ANITA.—¿Y eso te enoja conmigo?

LUISA, *burlona*.—Mortalmente.

ANITA, *alarmada*.—La culpa no es mía, te lo juro. Nunca intenté nada para...

LUISA, *con amargura*.—¡Oh, encanto mío! Lo sé, me consta. ¡Enojarme contigo! ¡Por Dios, mujer! Solo que me ví obligada á confesarme que no gustaba... Es desagradable, es el colmo del deshonor... todo lo que quieras. Pero es así. En los bailes, no me invitan nunca.

ANITA.—¡Hacen algo mejor que eso!

LUISA.—¡Ah, sí; ya sé! «Charlan» los vales conmigo en vez de bailarlos? En nuestros tiempos—lo sé,—cuando los caballeros prefieren la conversación de una muchacha al placer de tenerla entre sus brazos, no es éste augurio muy afortunado para ella. En una palabra, me dije:—«¿Por qué papá y mamá se obstinan en rehusar Anita á cuantos se la piden?—Porque piensan que me perjudicaría Anita si se casara antes que yo, y que luego fuera todavía más difícil encasillarme.» ¿No es eso?

ANITA.—Aunque lo fuera, tendrían razón. Eres la mayor; tú eres quien debe casarse primero.

LUISA.—Pero con una condición: la de gustar. Pues bien; no gusto.

ANITA.—¿Te atreves á decir?...

LUISA.—No gusto, puesto que se me deja en la tienda, y me hallo ya en las postrimerías de mi vigésimo sexto.

ANITA.—Cuando menos se piensa...

LUISA.—No me hago ilusiones. Así es que el único medio de salir del atolladero, según pude sacar en limpio, consiste en no casarme. Y estoy ya resuelta á ello.

ANITA.—¿Tú?

LUISA.—¡Dios mío, yo mismal ¿Para qué obstinarme? Siento en mis adentros vocación de doncellona. Dentro de un

instante, después de comer, anunciaré mi decisión á papá y á mamá. Insistirán un poco en su punto de vista, por afecto, por diplomacia, y porque al fin y al cabo me quieren de veras; pero en su interior aprobarán mi conducta, y dentro de una semana á lo más, nuestros amigos, nuestras relaciones, todo el mundo sabrá que Luisa Durocher ha renunciado á ser una dama.

ANITA.—Estás loca... ¡Me sofocas!

LUISA.—Después, chiquilla... después, los once jóvenes que se han puesto cenefios de dos años acá, á causa de la mala acogida que se les dispensó (sin hablar del número 12 de ayer, de ese Pablo Raynaud que no te es indiferente, si no me engaña mi instinto de hermana mayor), antes de quince días volverán todos acá para pedir otra vez tu mano. No te restará más molestia que la de elegir, y papá y mamá se verán obligados á libertarte. ¿Está eso claro, mi cielo? Ya ves que eras una tontuela cuando llorabas tanto. ¡Qué! ¿No abres la boca? ¿No me abrazas? ¿En qué piensas?

ANITA, *muy conmovida*.—Pienso... pienso que es tan hermoso... tan cariñoso y sublime...

LUISA.—¿Volverás á tus gansadas?

ANITA.—Que no lo acepto. No; no permito que te sacrifiques así por mí.

LUISA.—¡Pero si no me sacrifico!

ANITA.—Sería una miserable si te dejaba...

LUISA.—¡Chitón! Buenas noches. (*Inicia una salida*).

ANITA.—No te vayas.

LUISA.—Pues deja de decir barbaridades.

ANITA.—No soy tan chiquilla como piensas. Créeme, Luisita; yo también soy capaz de grandes cosas.

LUISA.—¡Si estoy segura de ello, rica! Conozco tu corazón. Si te hallaras en mi lugar, apuesto á que harías lo mismo.

ANITA.—¡Oh, sin duda!

LUISA.—¿Lo ves? Es tan natural. Soy un obstáculo, una traba. Soy fea, y tú eres bonita.

ANITA.—No es cierto; tienes magníficos cabellos; el peluquero te ha ofrecido por ellos doscientos francos.

LUISA.—Soy vieja, y tú eres joven.

ANITA.—¡Ya te alcanzaré!

LUISA.—Heredaste cincuenta mil francos más que yo, de nuestro querido tío Andrés... En una palabra, lo tienes todo y yo nada.

ANITA.—Protesto.

LUISA.—Nada, ó casi nada. ¿Para qué impedirte el paso? Lo que hago es sencillísimo; no hay que darme las gracias. No se hable más de eso.

ANITA.—Sí, hablemos de eso. Y ¿sabes la verdad? ¿quieres saberla? Si una de

nosotras debe sacrificarse... ¡no cabe duda, debo ser yo!

LUISA.—¡Por Dios, chiquilla!

ANITA, *exaltada*.—Sí; yo.

LUISA.—¡Bonito lance!

ANITA.—Mujer, ¡fíjate; puesto que me solicitan siempre á mí y nunca á tí, resulta que solo mi presencia causa todo el daño. Te eclipso, te hago sombra...

LUISA.—¡Estás local!

ANITA.—Si yo dijese que rehuso casarme, que quiero permanecer soltera, todo se compondría, y los doce gemebundos se verían obligados á torcer el paso hacia tí.

LUISA.—O hacia otra cualquiera. ¡Candorosa mía!

ANITA.—Candorosa ó no, no salgo de mis trece. Yo soy quien insiste en no casarse. ¿Lo entiendes?

LUISA.—No, soy yo; la mayor.

ANITA.—Yo; la menor.

ANITA.—Oye, juguémoslo á cara ó cruz ¿quieres?

ANITA.—¡Oh, no! ¡no son la suerte y el azar los que deben regir tan graves asuntos!

LUISA.—La suerte y el azar, son Dios mismo. La Providencia puede, si le place, iluminarnos con una monedita de cobre. (*Saca un sueldo del bolsillo*).

ANITA.—Tienes razón. Cruz, significa que debo continuar soltera.

LUISA.—Por consiguiente, yo soy cara.
(*Se dispone á arrojar el sueldo*).

ANITA.—Aguarda. (*Se persigna*)
Ahora. (*El sueldo salta*).

LUISA, *que ha sido la primera en verlo*.—Cara. He ganado. No me casaré nunca.

ANITA, *triste*.—¡Oh, pequeña mía!
(*Está á pique de llorar*)

LUISA, *febril, abrazándola con nerviosidad algo excesiva*.—¿Pero, no te ries, Anita? ¡Es la primera vez que tengo suerte!



EL BUEN CONSEJO

SANTIAGO, 26 años

PAQUITA, su hermana, 17 años

En casa de Santiago

SANTIAGO.—¿Vienes á cumplir conmigo?

PAQUITA.—Sí, hermano mio.

SANTIAGO.—Supongo que también querrás ver á mi mujer.

PAQUITA.—No, porque no está ahí.

SANTIAGO.—¿Cómo lo sabes?

PAQUITA.—Estará saliendo de vernos.

SANTIAGO.—¿Estuvo en casa de los papás?

PAQUITA.—Hace un instante. Y tal vez sigue allí.

SANTIAGO, *fastidiado*.—¡Ah! ¿Y te... te ha hablado?

PAQUITA.—Me ha hablado y ha llorado.

SANTIAGO.—Exacto. ¡Te ha puesto al corrientel

PAQUITA.—Sin duda; me ha puesto al corriente. Por eso vine á toda prisa; y necesito que me concedas unos minutos de plática.

SANTIAGO.—Te escucho.

PAQUITA.—¿Es verdad que queréis divorciaros?

SANTIAGO.—La pura verdad. Estoy de esas zalagardas hasta la coronilla.

PAQUITA.—Habrás sido una comedia.

SANTIAGO.—Drama, drama legítimo.

PAQUITA.—Y sólo han transcurrido dos años de matrimonio.

SANTIAGO.—¡Pero fueron dos años asesinos!

PAQUITA.—Ella se queja de ti, pero mucho. Si lo que me dijo es exacto...

SANTIAGO.—¿Qué te ha dicho?

PAQUITA.—Todo.

SANTIAGO.—Marta está loca.

PAQUITA.—De pena.

SANTIAGO.—No; loca de locura, de celos. Revuelve detalles imposibles. Sospecha de mí por tonterías.

PAQUITA.—Ha sorprendido una carta. ¿A eso le llamas tonterías?

SANTIAGO.—¡Que oigo! ¿Se ha atrevido á contarte la historia de la carta?

PAQUITA.—¿Qué te espanta?

SANTIAGO.—Es indecoroso que te mezclen á ti, que no estás casada, que nada

sabes de la vida, en todas esas misericordias íntimas.

PAQUITA.—Si crees que me ha enseñado algo, y que me ha quitado las ilusiones con la historia de su carta, te engañas bravamente. Mis ilusiones habían ya levantado el vuelo. Y no es cosa de ayer.

SANTIAGO.—De todos modos, no deberas proclamarlo tan alto.

PAQUITA.—Marta ha sufrido una equivocación convirtiendo el paso en trágico. En su lugar, me hubiese reído. Pero, canastos, me parece excusable. Encuentra una carta de mujer, una carta de amor dirigida á ti...

SANTIAGO.—¿Dónde la encuentra? ¡Vamos á ver!

PAQUITA.—En un cajón.

SANTIAGO.—¿Qué cajón? El de mi despacho, de donde olvidé retirar la llave. Registra mis papeles. No puedo tolerarlo.

PAQUITA.—Buscaba...

SANTIAGO.—¿Qué? ¿Qué buscaba? ¿Pillarme en delito? Sólo eso.

PAQUITA.—Es muy posible. Y ¿cuya es la culpa? Tuya.

SANTIAGO.—Nada de eso. Esa carta... esa carta... ya que debo hablarte de ella, hermana mia...

PAQUITA.—¡Oh, no te detengas en velar nada!

SANTIAGO.—Pues bien, no pertenece á los tiempos actuales... ¿Comprendes? Es de otra época.

PAQUITA.—¿De una *ex*?

SANTIAGO.—Sí. Esto es. La había guardado... como recuerdo.

PAQUITA.—Con su fotografía. Marta me ha dicho que había en la carta una fotografía.

SANTIAGO.—¡Ah! ¿Te ha dicho eso también?

PAQUITA.—Parece que se trata de una muchacha seductora.

SANTIAGO.—En efecto, no está mal. Pues bien, como puedes suponer, al volver á casa á Marta me ha recibido con ágrío gesto: he sentido la presencia de una nube.

PAQUITA.—Luego vino el chaparrón.

SANTIAGO.—La he agobiado á preguntas. Marta estalló. Me invadió una justa cólera. Nos dirigimos palabras...

PAQUITA.—Desagradables.

SANTIAGO.—Bastante; y poquito á poco...

PAQUITA.—Concluisteis por querer separaros.

SANTIAGO.—¡Ah, sí; palabra de honor! Debo confesarte que tales escenas se repiten todos los días. Estoy rendido, molido.

PAQUITA.—Lo mismo dijo ella, hará

media hora escasa. Y, con todo, no me parece eso muy grave.

SANTIAGO.—¿Falta algo más?

PAQUITA.—Marta ha sido una simple. ¿Por qué ir á zambullirse en tus papeles durante tu ausencia? Pero tú eres un imbécil - si es cierto lo que pretendes— pues conservas cartas y retratos de tus *ex* después del matrimonio.

SANTIAGO.—¡Mis *ex*! ¡Cualquiera diría que tuve treinta mill ¡Y se reducen á una! ¡Una pobre muchacha de quien guardé un billetico de cuatro líneas!

PAQUITA.—¿Te atreverías á jurar que sólo has amado á una mujer antes que á la tuya? ¿Te atreverás?

SANTIAGO.—No.

PAQUITA.—Magnífico. Eres menos embustero de lo que suponía. Aunque ya sabes que un engaño en ese ramo, no me lo iba á tragar.

SANTIAGO.—¡Bonito coloquio el nuestro!

PAQUITA.—Acuérdate de tu período de muchacho, á partir de la retórica... de los sobres sellados con lacre, los guantes, los pañuelos que me dabas pidiéndome que los guardase en mi armario bajo mis camisas de noche, para que papá y mamá no les pusiesen la mano encima.

SANTIAGO.—¡Como! ¿Yo he hecho eso? ¿Yo he hecho eso?

PAQUITA.—Durante algunos años.

SANTIAGO.—Perdóname esas atrocidades. ¡Que inconsciencia!

PAQUITA.—No pongas esa cara tan fosca. Era muy cómico. Y además, que eso me enseñó á vivir... sin enseñarme. Me desveló del modo más decente (á pesar de todo) que puede desearse. Me hallé desengañada... fraternalmente. Los hermanos mayores: esa es la verdadera escuela de las chiquillas.

SANTIAGO.—Cállate. No digas semejantes cosas.

PAQUITA.—Sí. Volvamos á Marta. No veo más que una solución: dáos un beso.

SANTIAGO.—Nunca. La mordería.

PAQUITA.—Mordéos. Pero que sea besándoos. Puesto que os habéis casado, debéis insistir en el matrimonio, cueste lo que cueste. Soy conservadora. Cada vez que uno de vosotros se sienta agraviado, debe decirse:—He aquí una ocasión de demostrar mi superioridad conservándome amable.—Además, nada tan maquiavélico como este sistema, pues así se adquiere cierto derecho á la independencia y á la satisfacción de los propios caprichos. La mayor parte de las veces, el que perdona piensa soberanamente en sí mismo, y se prepara un desquite infalible. Augusto era más taimado que Cinna, pero no valía gran cosa más.

SANTIAGO.—Eres terrible.

PAQUITA.—Despojada de artificio; eso es todo.

SANTIAGO.—No tienes ideal.

PAQUITA.—Según tú, el ideal es la hipocresía. Yo no creo eso. Yo digo la verdad. Recompónéos tú y tu mujer. Tendréis todavía muchas escenas, muchos gritos, muchas lágrimas, y luego, á pesar de todo, algunos instantes muy lozanos de vez en cuando. No señaléis en vuestro memorandum más que los instantes lozanos. La vida es un pescado lamentable, insipido, blanco, con espigas. No hay más que un medio para sacar partido de él: variar las salsas. Pero hay que empezar por aceptar el pescado, sin revueltas y humildemente.

SANTIAGO.—¿Querrás casarte tú?

PAQUITA.—No me siento muy inclinada á eso. Pero, Señor, si me caso, me pareceré á los que se mueren en lo de estar mucho tiempo del mismo modo. Haga cuanto quiera mi marido, no le soltaré en mi vida. Me asiré de él hasta las últimas boqueadas. ¡Ah, no se librará de mí tan fácilmente! Le devolveré todas sus perrerías, pero sin dejarle.

SANTIAGO.— ¡Lo que se va á divertir!

PAQUITA.—Eso es cosa suya; con dejarme en paz se hubiera librado de ello. ¿Estamos de acuerdo, no es eso? Puedo

ir á buscar á Marta y devolverla á tus brazos apasionados.

SANTIAGO.—Tienes un modo tan singular de poner paz entre nosotros, que, seducido por el encanto de tu procedimiento, no acierto á resistirlo. Vé pues en busca de Marta.

PAQUITA.—*¡All right!* Y no te burles de mi tratamiento. No eres tú el primero que lo ensayas, amiguito.

SANTIAGO.—¿Cuáles fueron nuestros precedesores?

PAQUITA.—¡Papá y mamá, hombre! ¡Los he soldado más de una vez! (*Mira el reloj*). Fuma un *húngaro* en paz; dentro de media hora te traigo mi cuñada. (*Sale*).



VOCACION

BARÓN DARGENT, 50 años

BARONESA DARGENT, 39 años

BLANCA, su hija, 15 años

Después del almuerzo, en un saloncillo
cujado de preciosidades artísticas

BLANCA.—Ahora que os tengo á mi lado, papá y mamá, quisiera hablaros... de lo mismo... por última vez.

LA BARONESA.—¡Ah, Dios mío!

EL BARÓN.—¿Otra vez tu estribillo?

BLANCA.—Sí. Deseo ser monja.

LA BARONESA.—Pensé que ya no te acordabas de eso, y que desde el año pasado te habían rendido nuestros razonamientos.

BLANCA.—Será forzoso creer que no me han parecido sólidos.

EL BARÓN.—Blanca, ten presente con

quién hablas. Destrózanos el corazón, pero que sea respetuosamente.

BLANCA.—A lo menos, sólidos para mí. Anhele consagrarme á Dios y, si disponéis de un instante, deseo, en interés vuestro y mío, que esta cuestión quede resuelta definitivamente. Luego podríais consagraros de nuevo á vuestros asuntos, y todos quedaríamos con el ánimo sosegado.

EL BARÓN.—Especialmente tú ¿verdad, pobre hija mía?

BLANCA.—¡Oh, sí!

LA BARONESA.—Es inconcebible la prisa que tienes por abandonarnos.

EL BARÓN.—¿Te pesamos mucho?

BLANCA.—Nunca estamos juntos. Vivimos separados, aunque bajo el mismo techo, separados en todos sentidos; y en realidad es porque vuestras distracciones y el género de vida que lleváis no me permiten fácilmente acompañaros.

EL BARÓN.—Eso es culpa tuya; padece de escrúpulos... de beaterías, por decirlo de una vez, que te mantienen disgregada del común de los mortales.

BLANCA.—Acaso tengáis razón. Pero precisamente porque vivo disgregada del común de los mortales estoy decidida á permanecerlo enteramente de una vez para siempre.

LA BARONESA.—¡El convento! ¡tu condenado convento!

BLANCA.—Sí. Y aun añadiré que cuando estoy con vosotros, me parece que no esté, porque excepto mi cuerpo, todo está lejos: mi alma, mi corazón, mis deseos y mis ensueños.

LA BARONESA.—¡Con qué corrección nos tratas á tu padre y á mí!

BLANCA.—Hago pasar á Dios delante de vosotros; no hay en ello nada que deba molestaros.

EL BARÓN.—Tal vez sí.

BLANCA.—Después de Él, venis en primera línea.

EL BARÓN.—Es gran fortuna. Y al fin y al cabo, Dios... No quisiera, hijita mía, arrebatarte lindas ilusiones de bebé... pero es lo cierto...

BLANCA.—¿Qué?

EL BARÓN.—Nada. Que hablas de Dios como si supieras lo que es...

BLANCA.—Claro.

EL BARÓN.—Crees, te imaginas, supones... Suponemos todos ¡pardiez! Pero de todos modos nadie lo sabe ni lo ha sabido nunca.

BLANCA.—¡Oh!

LA BARONESA.—¡Con decir que tu padre no lo sabe!

EL BARÓN.—En fin, dejemos á un lado estos grandes problemas, superiores á tus alcances. Ya comprenderás que no habré llegado á mi edad, yo, uno de los primeros financieros de nuestros tiem-

pos, sin reflexionar mucho sobre la religión, y lo que pudiese contener de aceptable para exprimirlo... Cree, pues, lo que te digo; déjate de esas ideas de eterna salvación.

LA BARONESA.—Piensa en tu salvación terrena, en tu salvación parisiense; eso te será más útil.

BLANCA.—¿Y cuál es mi salvación terrena?

LA BARONESA.—Casarte.

BLANCA.—No quiero.

LA BARONESA.—Pues quédate soltera, solterona. Es un sistema como cualquier otro. Poseemos una fortuna que te lo permite, y á pesar de todos los pesares, puedes crearte en sociedad un tipo, una pequeña fisonomía.

EL BARÓN.—Sí. Semi-mujer y semi-muchacho. La amiga de los hombres.

BLANCA.—Muchas gracias. Prefiero seguir mi vocación.

EL BARÓN.—Haz, pues, lo que gustes, pero nos causas una pena enorme.

BLANCA.—Que pronto se desvanecerá.

EL BARÓN.—Y eres una ingrata.

BLANCA.—¡Oh! ¡Papá!

LA BARONESA.—Y á la vez una tonta.

BLANCA.—¡Oh! ¡Mamá!

EL BARÓN.—No vale la pena de ser hija de Dargent, del barón Dargent, el hombre que ha acreditado las minas de zafiro, los tabacos del Cambodge, toda

una serie de negocios de primer orden, para concluir en el fondo de un claustro. Y también podrías enorgullecerte un poco más de tu madre.

LA BARONESA.—Del linaje de los Kahn.

BLANCA.—¡Pero si os quiero mucho, si me enorgullezco de vosotros, de vuestro trabajo y vuestra inteligencial...

EL BARÓN.—Lo demuestras de un modo muy singular.

LA BARONESA.—Renegando de nosotros.

EL BARÓN.—Como si te avergonzaras de nosotros, de mis tabacos y de mis zafiros.

BLANCA.—No es de 'vosotros de quien me avergüenzo.

EL BARÓN.—¿Pues de quién?

BLANCA.—De mí. De todo lo que me parece abyecto, bajo y vil en este mundo.

EL BARÓN.—¡Vamos, las oquedades sonoras! Ea, mujer, que no reformarás el mundo.

BLANCA.—Lo sé. Por eso no intento reformarlo, sino, sencillamente, abandonarlo.

EL BARÓN.—¡Razona un poco, ea! Calcula. Compara. ¡Consagrarse á Dios! Eso es muy lindo para escrito, pero ¿y luego? ¿A qué clase de gentes ves hacer eso? A infelizotes, astutos en

el fondo, que no tienen un ochavo, que carecen de una situación. Sólo se renuncia á todo cuando no se tiene nada. En una palabra, Dios es la más aceptable de las soluciones desesperadas.

BLANCA.—¡Oh, papá! ¡No hables así!

LA BARONESA.—Tu padre tiene razón que le sobra; tienes mucho que perder, y nada que ganar.

BLANCA.—El cielo.

EL BARÓN.—¡El cielo, el cielo! Mira, me callo porque acabaría por enfuercerme.

LA BARONESA.—¿Pero quién puede haberle infundido esas ideas? Lo estoy buscando, y no doy con él.

BLANCA.—Vosotros.

EL BARÓN.—¿Nosotros?

BLANCA.—Los dos.

EL BARÓN.—¡Ah! Esta salida me parece estupenda.

BLANCA.—¿No me habéis dado educación cristiana?

LA BARONESA.—Tu padre quiso que fueses educada en su religión; es cierto.

BLANCA.—¿No me habéis llevado al convento?

LA BARONESA.—Sí, porque al fin es donde están mejor las muchachas, desde cualquier punto de vista. Pero...

BLANCA.—En el momento de mi primera comunión ¿no manifestásteis el mayor gozo por verme convertida tan

súbitamente en una muchacha juiciosa, llena de emulación, enteramente transformada?

EL BARÓN.—Sin duda.

BLANCA.—¡Cuántas veces usted me ha recomendado la piedad!

LA BARONESA.—Claro está. Eso hay que decírselo siempre á los niños.

EL BARÓN.—No les hace ningún daño.

BLANCA.—Yo os he creído al pie de la letra. He creído todo lo que me disteis á creer; es más, sigo creyéndolo. Es en vano que me digáis ahora: Dios, la Virgen, las virtudes cristianas, la oración, la esperanza de una vida futura... todo eso, querubín, era útil para sujetarte cuando no medías tres palmos, para alcanzarte buenas notas y obtener que figurases á menudo en el cuadro de honor. Pero ahora que ya te vemos talludita, y mujer, preferimos no ocultártelo por más tiempo: todo eso es panema y no significa nada

LA BARONESA.—¡No caemos en esos extremos!

BLANCA.—Os falta muy poco.

LA BARONESA.—No cabe duda, exageras, y ni siquiera has mostrado entera buena fe cuando nos reprochabas el haberte dado una educación religiosa demasiado angosta.

BLANCA.—¡Pero si no os lo reprocho! Al contrario. Os doy por ello las

gracias, y nunca lo haré con bastante efusión.

LA BARONESA.—Claro que te hicimos educar convenientemente, decentemente, como merecía la señorita Dargent... con la cantidad suficiente de religión... una vasta tintura... Pero puedes y debes hacernos la justicia de declarar que, ni en esta casa, ni en nuestros coloquios, ni en nuestro género libérrimo de vida, ni en los ejemplos que no cesamos de presentar á tus ojos, nada te ha impulsado á la devoción y á la santurronería.

BLANCA, *con débil sonrisa*.—Cierto, pobres padres míos, os hago esta justicia sin reparos.

LA BARONESA.—Y que si á los diecinueve años quieres enclaustrarte á pesar de todo... no será por nuestra culpa.

BLANCA.—No; por la mía, por la mía exclusivamente.

EL BARÓN.—Jamás te dirigimos a eso.

BLANCA.—Lo reconozco.

LA BARONESA.—Muy bien.

BLANCA.—Pero ésta es precisamente la causa de que mi devoción sea tan firme. En primer lugar, solo procede de mí misma; y además, los obstáculos aparentes, la divergencia de ideas que me rodeaba, no hicieron más que consolidarla. Harto conozco que principalmente á esos contrastes debo mi vo-

cación. Mi piedad ha salido ganando con vuestra indiferencia. Creciendo sin un ochavo, en una familia creyente, acaso hubiera sido una excéptica. Por haber gozado desde la cuna una vida demasiado bella, me he desprendido de ella más y más á medida que avanzaba en años. La pobreza me será fácil porque la riqueza ha tenido ya tiempo suficiente para saciarme; nada me tienta porque puedo alcanzarlo todo. Estoy cansada anticipadamente del porvenir, y asqueada de los futuros goces, que no conozco, por haberlos visto saboreados á mi alrededor por ciertas gentes. Soy joven, bonita según dicen, y millonaria. Pues bien, no deseo más que envejecer modestamente lejos del ruido y las multitudes, tras altísimas paredes. Quiero ser hermanita para no vivir más que con los enfermos ó los niños. Eso no impide que os ame y os agradezca cuanto habéis hecho por mí.—Os renuevo, padre mío, madre mía, mi formal deseo de entrar en religión. Si no consentís, aguardaré respetuosamente mi mayoría de edad para hacerlos el definitivo requerimiento. ¿No responde ninguno de vosotros?

LA BARONESA, *encolerizada* — Estoy sofocada, irritada.

EL BARÓN.—¡Y yo te había guardado esta mañana doscientas acciones de Tabacos, numeración par!

BLANCA.—¡Pobres padres míos! (*Los abraza*). ¿Os atormento, verdad? ¡Seréis tan felices sin mí!

LA BARONESA.—¡Ah, toma! Lo cierto es que...

BLANCA.—Un poquito de paciencia. ¡Tal vez muera!

EL BARÓN. ¡Blanca!

LA BARONESA.—No digas tonterías.

BLANCA.—¡Oh, sería la mejor solución! Me hallaría enseguida en un convento, y vosotros tendríais la paz y los placeres del mundo.

LA BARONESA.—Solo al cabo de un año. Antes, estaríamos de luto. Vé á ponerte el vestido rosa, mientras enganchan.



COTILLÓN

GERMANA MAUDUIT, 17 años

RAUL D'ESTAING, 27 años

En el baile, durante el cotillón. Germana y Raul dialogan sentados en un rincón. Acaban de danzar.

RAUL.—Esta es ya la tercera vez, señorita, que he tenido la suerte de danzar con usted el cotillón este invierno; y me ha causado el mismo placer de las otras veces.

GERMANA.—Diga usted á lo menos que se lo he causado mayor; sería más galante.

RAUL.—Más galante para esta vez, pero no para las demás.

GERMANA.—Es verdad. He dicho una tontería. Por la noche, suelo decirlas. Durante el día, estoy más aguda. ¿Se distrae usted?

RAUL.—¿Ahora? ¡Ya lo creo!

GERMANA.—¿Y fuera de aquí?

RAUL.—¿En qué sentido?

GERMANA.—Hablo de la vida en general.

RAUL.—Depende del tiempo. Cuando es bueno, estoy alegre; cuando llueve, triste.

GERMANA.—A mí me ocurre todo lo contrario. No me gusta el buen tiempo. El sol me hace pensar en la muerte.

RAUL.—¡Oh!

GERMANA.—Sí. El cielo azul, las vastas praderas, las mariposas blancas que pululan en verano, todo eso me intimida. Solo respiro á mi sabor en los días grises, los días de Holanda, cuando hincha el viento gruesas nubes, como en los cuadros que tiene papá.

RAUL.—¿Es usted literaria?

GERMANA.—Ni por asomo.

RAUL.—No obstante, lo que acaba de decirme...

GERMANA.—No es literatura... es otra cosa... una sensación personal, impresiones de cierto género que me son familiares, y que me acompañan á todas partes.

RAUL.—Ya. No vé usted las cosas lo mismo que todo el mundo.

GERMANA.—Me envanezco de ello. ¡Es una ganga! ¿Y usted las vé lo mismo que todo el mundo?

RAUL.—No sé á punto fijo... Habría que interrogar antes á los demás.

GERMANA.—¿Por qué? Cada cual advierte perfectamente, y por instinto, si es ó no persona al uso. ¿Es usted persona al uso? Respóndame con franqueza. No hay en ello delito, y no fuera usted el único bajo ese artesonado.

RAUL.—Sospecho que sí.

GERMANA.—Al menos lo reconoce usted. Le apunto un buen tanto. ¿Qué género viste usted en calidad de profesión? Me lo han dicho, y no recuerdo.

RAUL.—Nada. Soy un cero á la izquierda.

GERMANA.—Rentista de salón. Era infalible.

RAUL.—A veces engancho cuatro caballos.

GERMANA.—Muy bien. Pero enganchar no es trabajo que gaste el cerebelo.

RAUL.—No obstante, he cursado mi derecho. Fué terrible, pero lo hice.

GERMANA.—¡Dios mío! ¡Qué atrocidad! Y para lo que eso sirve después ¿verdad? Un hermano mío navega ahora por el segundo año. ¡Dios me valgal! Si debiese aprenderme esas cosazas, preferiría que me decapitasen en un santiamén.

RAUL, *muy amable*.—No encontraría usted verdugo, señorita.

GERMANA.—¡Soberano!

RAUL.—¿Se burla usted de mí?

GERMANA.—Sin duda.

RAUL.—¿Quiere usted que bailemos este vals?

GERMANA.—Hay demasiada gente. Prefiero charlar.

RAUL.—Gracias.

GERMANA.—No; porque valsa usted mejor que habla.

RAUL.—Entonces callo y escucho.

GERMANA.—Le hago enfadar, pero no haga usted caso. Soy así sólo exteriormente. El fondo es admirable. Mis confesores me lo han dicho siempre.

RAUL.—¿Se confiesa usted?

GERMANA.—Ya no. Pero antaño, cuando era chiquita fui al confesonario muchísimas veces.

RAUL.—¿Y por qué ha desistido? ¿La falta de fe?... ¿Una tibieza harto comprensible?

GERMANA.—Nada de eso. Jesús ¡qué dislates!... Al contrario, quizá tenga más fe que cuando muchacha... ó al menos es otra cosa... Claro que los milagros me parecen más inauditos que antes, pero penetro mejor el Evangelio y la *Imitación* que antes recitaba como un loro sin entender una palabra. Y, salvo que practico mal, con todo sigo siendo creyente; ¡y por nada, se lo prometo, me desprendería de mis medallas!

RAUL.—No obstante, esta noche...

GERMANA.—¡Oh! Exceptúo los días de Ópera y de escote pronunciado. Pues usted á buen seguro no se confesará tampoco. Tendría usted *demasiados*.

RAUL.—¿Demasiados qué?

GERMANA.—¡Pecados!

RAUL.—¡Que conversación tan especial, señorita!

GERMANA.—¿Qué hay de malo en ella? El que nos oyera se sentiría muy edificado. No hay más que un director espiritual potable para una mujer ¿sabe usted?

RAUL.—¿Cuál?

GERMANA.—Su marido.

RAUL.—¿Y si no se trata de una casada?

GERMANA.—Se aguarda.

RAUL.—¿Tiene usted muchas ganas de casarse, señorita?

GERMANA.—Así, así. Veo llegar el tren sin miedo ni deseo. No soy como la mayor parte de mis amigas aquí presentes, que están consumiéndose porque no les dicen todavía:—La señora está servida.

RAUL.—Tiene usted el derecho de ser muy exigente.

GERMANA.—¿Por qué?

RAUL.—Más exigente que las demás, en todo caso.

GERMANA.—Reitero mi por qué.

RAUL.—Porque es usted superior á las demás.

GERMANA.—No hay tal cosa.

RAUL.—¡Oh, sí! En todo.

GERMANA.—¿Qué sabe usted de estas cosas? ¿Entiende usted algo de superioridades? Dios me libre de tenerlas! No me gustan en nadie, ni en mí ni en el vecino. Y si me caso algún día, le respondo de que no será con Chateaubriand ó con el señor Guizot, sino con un señor muy inferior, muy nulo y muy bueno.

RAUL.—¡Cuidadito! ¡Me está usted dando esperanzas!

GERMANA.—¡Oh, Dios mío! Si le conociese á usted íntimamente, tal vez no me disgustase sobremanera. Pero de todos modos no crea usted que eso sea una insinuación.

RAUL.—No lo tema usted, señorita.

GERMANA.—Veamos ¿qué clase de hombre es usted? ¿Y si le sometiese á un interrogatorio formidable?

RAUL.—Respondería.

GERMANA.—¿Sin mentir?

RAUL.—Lo menos posible.

GERMANA.—¿Es usted bueno?

RAUL.—Sí.

GERMANA.—¿Por ejemplo? Una prueba.

RAUL.—Tengo cinco perros.

GERMANA.—¿Bonitos?

RAUL.—Espantosos. Tres de ellos recogidos en la calle.

GERMANA.—Me satisface. ¿Es usted económico?

RAUL.—Pródigo.

GERMANA.—¿Juega usted?

RAUL.—Al *loto* nada más.

GERMANA.—¿Es usted nervioso?

RAUL.—¡Quí! Permanecería horas enteras sin pestañear ante la piedra que están rascando.

GERMANA.—¿Su salud?

RAUL.—De hierro.

GERMANA.—¿Su carácter?

RAUL.—De oro. ¡Vaya un cuestionario de altura el que me está imponiéndol! ¿Sin duda va á preguntarme el color que prefiero y mis heroes históricos favoritos?

GERMANA.—No. ¿Le gusta la sociedad?

RAUL.—Un poco, porque estoy solo y me aburro conmigo mismo. Pero me doy perfecta cuenta de que si fuésemos dos...

GERMANA.—Esto basta. Ó en otros términos: ¿es usted persona de hogar ó de aire libre?

RAUL.—Las dos cosas. Pero al lado de una... de quien...

GERMANA.—De la que... Entendido. Es usted de los que se divertirían con su mujer.

RAUL.—Esto es. Exacto. Con bata ó en traje de etiqueta, pero con mi mujer. Nada sin ella.

GERMANA.—¿Y los viajes?

RAUL.—Si le place, donde le plazca y cuando le plazca. Bougival ó las Indias, á su elección. Estoy siempre dispuesto á partir.

GERMANA.—¿Y su fortuna? Mil perdones. Ya puede sospechar que me importa tres cominos. Pero tengo un papá y una mamá que se preocupan seriamente de este ligero detalle.

RAUL.—Habrá cincuenta mil libras de renta. Más tarde serán ciento. ¿No quiere usted preguntarme nada más? ¿No le importa saber si hubo algún parricida en mi familia?

GERMANA.—No.

RAUL.—Mil gracias.

GERMANA.—Diga usted el *confiteor*, voy á darle la absolución.

RAUL.—No quisiera otra cosa. ¿Y si la confesaba á mi vez?

GERMANA.—Sería muy breve. Ni siquiera habría necesidad de interrogarme. Voy á pasar el rosario de un golpe. Tengo diecisiete años. Soy Germana-Clara Luisa Mauduit, hija de Mauduit, el de las grandes hilaturas. Llevo en dote cuatrocientos mil francos, y luego, casi todos mis defectos. No soy bella...

RAUL.—Basta... ¡Miente usted!

GERMANA.—Le prohíbo que me interrumpa.

RAUL.—Es usted bonita, muy bonita... ¿Quiere usted preguntármelo?

GERMANA.—Es lo que le dije. Soy bonita, pero no bella.

RAUL.—¡Ah! Y además, que nadie es bello. Sólo lo son las estatuas.

GERMANA.—Prosigo. Tengo pues, casi todos los defectos, y aun todos, si hago memoria; pero creo que no soy mala.

RAUL.—Buena. ¡Requetebuena!

GERMANA.—Perdonaría á todo el mundo, y soy enemiga de la pena de muerte, aún para los anarquistas.

RAUL.—Pues yo no. A esos títeres horribles que...

GERMANA.—¡Chitón! No es esta su vez de pensar. Soy ordenada, un poco avara; no me enloquecen el mundo y sus bailes, pero comprendo que me gustarían el teatro y las tertulias. Me encanta el paseo en coche y en barco. Me seducen los árboles por la tarde y los pájaros por la mañana. Adoro el mar cuando no está al borde de los casinos; detesto la bicicleta y los vehículos de vapor. La poesía me conmueve y los diarios me horripilan. Mi salud es la suficiente, y mi temperamento sin altibajos. No soy coqueta ni elegante, pero tengo la coquetería de la sencillez: tal vez sea peor. Me empeño en ir á misa el domingo y en abstenerme de carne el

viernes santo. Adoro anticipadamente á los niños. Querré mucho á quien me quiera igual. Traeré un alma que nada sabe, y que teme adivinar demasiadamente; un corazón tímido y leal que de veras querría no sufrir ó al menos no sufrir en seguida... En una palabra: soy una muchacha de buena voluntad que pide á Dios una cosa muy sencilla: la paz en la tierra. Pero ¡qué le vamos á hacer! ¡Sólo la prometió á los hombres, no á las mujeres!

RAUL.—Fué sin duda para que ellos tuviesen el mérito y la alegría de darla á su vez. Señorita, estoy muy conmovido... ¿Quiere concederme el próximo cotillón el jueves en casa de los Mallerman?

GERMANA.—Sí quiero.

RAUL.—Y... el sábado en casa de los Rumières?

GERMANA.—También. Se cansará usted de mí.

RAUL.—¡Oh, no! Le estoy obligadísimo, como no puede imaginarlo. Conversaremos ¿querrá usted?... y muy seriamente, muy gravemente ¿verdad?

GERMANA.—Conversaremos.

RAUL.—Me irá conociendo. Valgo más de lo que soy.

GERMANA.—Mil perdones. Mi madre me indica que debemos partir.

RAUL.—Hasta el jueves, señorita. Creo que mi vida ha cambiado de curso.—*(La saluda con mucha gracia; y ella se aleja con cierta melancólica vacilación. Se adivina que está pensando).*—¿Me decido?



EL MANCEBICO

EMMA DUPLANTIN, 15 años
FINILLA BEAUVU, 16 años

En el campo, en pleno bosque. Están las dos
sentadas al borde de un arroyuelo

FINILLA, *tendida boca arriba*.—Ah, quisiera estar siempre así ¿sabes? boca arriba, mirando el azul del cielo á través del follaje, mientras el arroyuelo susurra á mis pies. ¿Y tú?

EMMA.—También. Pero...

FINILLA.—¿Pero qué?

EMMA.—Pero más tarde ó más temprano, á pesar de todo, me fatigaría. No soy, como tú, una sentimental.

FINILLA.—Peor que sentimental, palabra de honor. Soy romántica... Lo soy... una barbaridad. No puede decirse hasta donde llego.

EMMA.—¿Hablas seriamente?

FINILLA.—¡Ya lo creo! Soy terrible.

EMMA.—¿Por qué?

FINILLA.—Por lo que revuelvo en mi magín, por lo que pienso.

EMMA.—¿En cosas feas?

FINILLA.—No, pero sí prohibidas.

EMMA, *en tono de reproche*.—¡Finilla!

FINILLA.—¡Ah, toma! Tanto peor. Es mi ángel malo. Es el *diávolo*.

EMMA.—¡Con no escucharlo! Y... mira, hablemos de otra cosa. (*Pausa*). ¿En qué estás pensando, vamos á ver?

FINILLA.—Pienso en muchos problemas... en muchas cuestiones. Pienso que, para mi edad, me aburro, como una señora de cuarenta años; que me falta no sé qué... y además, siento no ser mi hermano.

EMMA.—¿Por qué? Yo no.

FINILLA.—Yo sí. Porque los muchachos de nuestra edad, son independientes, pueden salir solos, fumar, tener la llave del piso y hacer cuanto les plazca fuera de casa.

EMMA.—¿Te interesaría fumar?

FINILLA.—No; me interesaría lo otro.

EMMA.—¿Qué es lo otro?

FINILLA.—El a...

EMMA.—...mor. Exacto. Los muchachos aman desde chiquitines, prontísimo; están al corriente del amor desde el colegio. En cambio, nosotras...

EMMA.—¡Ah, claro! Nos hacen aguardar... Pero tal vez nada perdamos por esperar.

FINILLA.—No es seguro. Además, y descartado lo de ser muchacho, me parece que la educación de las chicas está ridículamente descuidada en este ramo. A nuestros hermanos se les permite todo; á nosotras nada.

EMMA.—¿Qué es lo que se les permite tan sin límites, veamos?

FINILLA.—Todo. Con la condición de que no se sepa demasiado. O si quieres, no les es permitido, pero se les tolera; lo mismo da. Bueno, pues á nosotras deberían tratarnos lo mismo; lo que ahora sucede no es equitativo.

EMMA.—Finilla, escucha.

FINILLA.—¿Qué?

EMMA.—Dime al oído algo de lo que querrías hacer si se nos permitiese llevar el mismo género de vida de nuestros hermanos.

FINILLA, *confundida*.—¡Ah! No sé si puedo...

EMMA.—Házme el favor... para que vea si es lo mismo que estoy pensando.

FINILBA.—¿Conque tú piensas también eso, tapujosa?

EMMA.—Alguna vez, al anoecer.

FINILLA.—Pues yo, siempre. Bueno, pues querría... ¿No te burlarás de mí?

EMMA.—No, mujer.

FINILLA.—¿No repetirás nunca á nadie...?

EMMA.—¡Estás loca! Esto es sagrado. ¿Querías...?

FINILLA.—Tener un mancebo.

EMMA.—¿Eh? ¿Qué has dicho?

FINILLA.—Tener un mancebo. Quisiera escogerme un mancebo, un mancebico.

EMMA.—¡Qué palabra tan especial! ¿Qué estás inventando?

FINILLA.—Mujer ¡puesto que nuestros hermanos tienen mancebicas...! Por eso me dije que sería naturalísimo que nosotras tuviéramos mancebicos. Yo lo escogería rubio.

EMMA.—Ya. Y ¿estás segura de que se llama así?

FINILLA.—Segurísima. El jueves último le oí la palabreja á papá.

EMMA.—Cuenta.

FINILLA.—Él estaba en el billar con mamá; yo cogía hojas de hiedra para las compoteras, en la terraza, y lo oí todo. Hablaba de Santiago.

EMMA.—¿Tu hermano?

FINILLA.—Claro. ¿Qué Santiago iba á ser? Comprendí que le habían prestidigitado una de sus cartas... Mamá estaba muy angustiada y papá la consolaba enojándose: Eres ridícula, amiga mía... Total por una mancebica... ¡No hay para morirsel Yo á su edad tenía dos.

EMMA, *con admiración*.—¡Dos!... ¿Conque... tu padre?

FINILLA, *orgullosa*.—¡Oh, papá estuvo siempre á mayor altura que los demás! Era durante el imperio.

EMMA.—Y tu madre, ¿qué respondió?

FINILLA.—Nada. Quedó sin aliento.

EMMA.—No vuelvo en mí de mi apoteosis. ¡Un mancebico!

FINILLA.—Sí, y no puedes figurarte como se advertía por el tono, por el matiz con que papa dijo eso, cuán indulgente, cuán poco enojado se sentía. Me dí cuenta de que el lance le distraía y le comunicaba cierta altivez vivarachera.

EMMA.—¡Oh!

FINILLA.—Por eso la vida me parece monótona y sosa. ¿Por qué no tendremos también nosotras mancebico?

EMMA.—No puedo acostumbrarme á esa palabra. Debes de engañarte.

FINILLA.—No me engaño.

EMMA.—¡Vaya! Voy á decirte como se llama. Pero no digas luego que lo sabes por mí. Se llama un amante.

FINILLA.—Tonta, no es eso. Se llama amante cuando la mujer es casada.

EMMA.—¡Ah!

FINILLA.—Cree pues á Finilla. Estoy muy documentada, ¿sabes?

EMMA.—¿Conque tú lo escogerías rubio?

FINILLA.—Rubio, color té pálido.

EMMA.—¿Piensas en alguien determinadamente?

FINILLA.—Tengo á tres ó cuatro en cartera.

EMMA.—¿Los conozco?

FINILLA.—Sí.

EMMA.—Nómbralos.

FINILLA.—De ningún modo. Este es mi secreto. Y tú ¿tienes también tus perspectivas?

EMMA.—No. No tengo perspectivas. Pero me parece que si buscase un poco...

FINILLA.—¿Las encontrarías?

EMMA.—Quizá. El mio sería moreno.

FINILLA.—Té cargado. Los háy de todos los colores. ¡Qué lástima que seamos muchachas!

EMMA.—Si y no.

FINILLA.—Sería muy divertido, pero con condición de gozar también de libertad amorosa. Precisaría tener, como esos caballeros, el derecho de recibir cartas lacradas con una flor seca dentro. ¡Toma! ¿Por qué no? Y luego, si nos hallaban la cartita, que no armasen más trapatiesta que la que traje consigo la carta de Santiaguito, y que mamá dijese lo mismo que papá:—Finilla tiene un mancebico... ¡No hay que tomarlo tan á pechos!... Yo á su edad tuve dos.—

EMMA.—Pero escucha, no es lo mismo. Yo me doy cuenta de que eso no me pa-

recería lindo en boca de mamá, y en cambio en boca de papá, lo toleraría.

FINILLA.—Soy lógica; tú no lo eres.

EMMA.—Eres ante todo una revolucionaria.

FINILLA.—No. Pero soy partidaria de los derechos de la mujer.

EMMA.—¿Y de la muchacha?

FINILLA.—Por supuesto. Jamás he salido de mi casa; he tenido profesores, hombres laicos; pues bien, á todos los he dejado turulatos con mi lógica, con la lógica de mi moral.

EMMA.—Es cierto. Y tan turulatos los dejabas que se renovaban constantemente.

FINILLA.—No fué porque los despa-chasen.

EMMA.—Se iban por sí solos.

FINILLA.—Pero, veamos... Parece que exija cosazas enormes, montañas. Y en el fondo, eso no son más que naderías. Mi hermano, cuando está con su mancebica en París y pasa con ella el tiempo destinado á sus estudios ¿qué mal hace? Ninguno.

EMMA.—Le suspenden.

FINILLA.—Eso... me parece digno de encomio. ¡Esos estudios de matemáticas! ¡Como si eso no fuese inventado para suspender á la gentel... Con que es muy natural... Pero quise decir que nada hacen que sea reprehensible.